

LA PAZ EN LA IGLESIA PRIMITIVA

Consideraciones sobre la Didaché y la I.^a Clementis.

Indudablemente, uno de los caracteres, algo accidental ciertamente, pero importante, de la primitiva literatura cristiana que se agrupa bajo el rótulo, ya consagrado, de *Padres Apostólicos*, es estar dirigida a la propia comunidad cristiana, sin mirar al paganismo circundante. Es, por ende, una literatura de intimidad y ello le presta uno de sus más singulares encantos y le da valor inestimable. Leer la carta de San Ignacio Mártir a San Policarpo, es goce comparable al de haber sorprendido a los dos grandes amigos, grandes obispos y grandes mártires en unos momentos de íntima conversación en su memorable encuentro de Esmirna en los albores del siglo II. Los *Apologistas* del siglo II y III que suceden a los *Padres Apostólicos*, representan la otra vertiente del pensamiento y del sentir de la primitiva Iglesia, la faz que mira decididamente al mundo pagano, que le es hostil, que la persigue con todas sus armas —las del espíritu y las de la fuerza, las legítimas de la discusión y la controversia y las envenenadas de la calumnia y la mentira— y parece satánicamente empeñado en su aniquilamiento. Sin embargo, ninguna comunidad —chica o grande, nacional o religiosa— puede vivir tan absolutamente cerrada en sí misma, tan autárquicamente, como ahora se dice, que pueda olvidar el mundo que la circunda, como a los pulmones el aire, y menos que ninguna la comunidad cristiana, sobre la que resuena siempre con eco vivo el imperativo del Señor de ir a todas las naciones (Mt. 28, 19) y cuya esencial misión y razón misma de ser es la salvación de todos los hombres. Si Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (I Tim. 2, 4), ¿cómo pudiera cerrarse en sí misma la Iglesia que sigue inmediatamente a la generación apostólica, la que conservaba aún el eco vivo de la palabra de Pedro, Juan o Pablo? Cualquier aspecto que intentemos estudiar en